



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificción

Tríptico de presencias incómodas

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

María Elena LORENZIN
marialorenzin@gmail.com

Número 18, pp. 129-132
ISSN: 2530-8297

@2026 *Microtextualidades*



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial
Licencia Internacional
CC-BY-NC

DESPUÉS DE LA OUIJA

Las niñas que juegan con lo invisible rara vez regresan siendo las mismas.

— *Crónica del Convento de Santa Genoveva, 1883.*

En el internado, nada nos aburría tanto como el rosario obligatorio que imponían las monjas después del almuerzo. Todo empezó como un juego travieso, una complicidad secreta que nos unía a las tres: Celia, Marina y yo.

—Una copita. Traigan una copita —pidió Celia, entusiasmada.

Marina se encargó de escribir las letras en pequeños trozos de papel. No teníamos una mesa de tres patas, pero no importó. Colocamos el abecedario en círculo e invocamos al espíritu de mi bisabuela, a quien nunca conocí.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

De pronto, la copita se movió con una precisión gélida hacia cada letra:

F-L-O-R-E-N-C-I-A R-A-M-O-S

Ni Celia ni Marina se atrevieron a decir una palabra.

Yo, con la voz entrecortada, me animé a preguntar:

—¿Estás bien donde estás?

La copita se movió rápido buscando las letras.

Entonces, leímos:

¡OJO, NIÑAS! NO NOS MOLESTEN CON PREGUNTAS ESTÚPIDAS.

Marina no quiso continuar; dijo que el espíritu estaba molesto con nosotras. Temblando, intentó apartar la copita, pero esta se resistió y le provocó un fuerte calambre en el brazo. Liberada, la copita se desbocó sobre las letras: giraba, chocaba y saltaba incontrolable, como si una fuerza oscura la animara.

Con estupor, alcanzamos a leer brevemente el mensaje antes de que todo se desordenara y la copita se estrellara con un fuerte estruendo contra el piso:

ESTAMOS EN PAZ Y NO QUEREMOS CONTACTO. CUÍDENSE. PORQUE DE AHORA EN ADELANTE VENDRÁN COSAS TERRIBLES.

Y así fue como volvimos al rosario casi con devoción, sin quejas ni protestas. Pero ya nada fue igual. Celia y Marina dejaron de hablarse. Y yo... bueno, todavía no me animo a escribir lo que pasó después.

REFLEJO ATRAPADO

El reflejo, a veces, habla.

— Ángel Romero

Siempre estuvo allí, como una reliquia silenciosa que pasaba de generación en generación. Mis padres lo heredaron al casarse y mamá, atrapada por su magnetismo, se enamoró de él a primera vista. Era un espejo antiguo, de marco pesado, adornado con intrincados motivos florales y geométricos que hipnotizaban la mirada.

Mamá lo limpiaba cada mañana, como si intentara contener algo que insistía en salir del cristal.

Sin embargo, a los pocos minutos, el espejo volvía a empañarse con un vaho rosado: siempre igual, siempre insistente.

Un día, agotada por aquel esfuerzo inútil, lo arrinconó en una esquina del cuarto y lo cubrió con un paño negro. «Para que aprenda», sentenció con un cansancio infinito.

Una penitencia que no duró mucho.

Al poco tiempo, el vaho se intensificó. Se volvió más oscuro, tirando a sangre. La habitación entera pareció contagiarse de esa penumbra rojiza.

Una noche, un leve crujido rompió el silencio: fue un susurro roto, un lamento atrapado entre vidrios.

El paño se deslizó al suelo por sí solo.

Sobre el cristal empañado aparecieron, temblorosas, unas palabras dibujadas extrañamente desde dentro:

¡HIJA, SÁCAME DE AQUÍ! ¡NO AGUANTO MÁS ESTE ENCIERRO!

PRESENCIA

Algunas ausencias saben más de rutina que de descanso eterno.

Tras décadas de matrimonio, quedó viudo. El vacío que dejó su esposa era inmenso. Ella lo había cuidado con una devoción casi maternal: la casa impecable, la ropa en su sitio, sus platos preferidos siempre con ese toque exacto de umami.

No pasó mucho tiempo antes de que otra mujer ocupara su lugar. Era más joven, distinta, pero igual de entregada... o eso parecía. Pronto todo volvió a ser como antes: el desayuno puntual, las camisas sin una sola arruga y la comida con ese mismo sabor inconfundible en cada bocado.

Él se sentía renacido. Ella, feliz... salvo por un detalle que terminó por confesarle con la voz quebrada:

—No me gusta nada el perfume que deja tu exmujer...